



Bailando con los diablos

Xavier Oquendo Troncoso

Todos los fines de semana, querramos o no, podamos o no, debamos o no, mi abuelita nos obliga a toda la familia a viajar a Ambato, donde viven mi tía y mis primos. Siempre debemos salir el sábado, muy temprano, para poder aprovechar el tiempo del fin de semana en “la ciudad de las Flores y de las Frutas”, como se le dice a la capital de la provincia de Tungurahua. Y el regreso es siempre después del almuerzo del domingo.

Ya en el carro: papá, mamá, la abue, la ñaña y yo comenzamos el rutinante viaje. Ya nos sabemos de memoria el camino. Siempre vamos viendo los sitios emblemáticos que nos va enseñando el carretero.

Llegamos al peaje del Valle de los Chillos. Allí, a lo lejos, distinguimos el “San Luis”, un enorme Centro Comercial que papá siempre nos dice que antes fue

una antigua hacienda... Luego ya vemos el “Choclo” y el “Colibrí” de Sangolquí, más tarde pasamos por el Castillo de Amaguaña. Todo esto, mientras la abue se queja del frío; mamá, del sueño; y papá, del tráfico.

Salimos ya hacia la carretera Panamericana, y al rato pasamos por Machachi. Vemos siempre, con la misma curiosidad, ese monumento a “Los Chagras”, con sus trajes, sus caballos y sus sombreros. Luego Aloag. Más tarde, y casi en coro, los tres mayores de nuestro auto azul, dicen las mismas cosas sobre el páramo:

- Estamos subiendo al páramo
- ¡Qué frío, Jesús!
- ¡Ya han crecido los eucaliptos!

Luego está la ciudad de “Lasso”. Más tarde “La Avelina”, sitio en el que siempre paramos para ir al baño, comprar el consabido helado, el biscocho, el café, el yogurt, etc. Y luego otra vez al auto. En 10 minutos ya estamos en Latacunga. Vemos pasar los sitios de venta de “Las Chugchucaras”, una comida muy rica a la que hemos ido muchas veces. De Latacunga a Salcedo hay 15 minutos aproximadamente. Y en Salcedo volvemos a parar para tomar un helado tricolor (de tres sabores). Y la abue, en todas las ciudades por las que pasamos siempre nos dice: -Ahí vivía la sultana y la fulana y la perengana. Y más allá y más acá, y la hacienda del fulano y el sultano y el perengano Y el señor perencejo que me cortejaba, y...-. En fin, todo esto se repite en nuestra rutina de fin de semana.

Mi hermana y yo le pedimos a papá que nos deje escuchar en la radio del auto “nuestra música” y él nos la pone un ratito, luego de un largo sermón por parte de los tres mayores, en donde nos dicen cosas como:

- ¡Me muero!, ¡qué horror de música!, ¡qué terrible!, ¡qué desastre!
- Antes la música era hermosa, pura poesía, ¡qué belleza!, ¡qué respeto!, ¡qué maravilla.
- En nuestro tiempo todo era tan bello, tranquilo, hermoso, perfecto, único, increíble.

Después de los conocidos discursos, “nuestra” música es reemplazada por algún bolero, tango o pasillo, que es tarareado por los tres, aunque ninguno canta completa las canciones porque no saben todas las letras. Más bien mi ñaña y yo somos los que sabemos los temas de memoria, mucho más que ellos, debido a que los hemos oído siempre, pero no cantamos con la voz alta, sino bajito, casi imperceptible.

Luego de Salcedo solo nos falta ver la laguna de Yambo, de la cual, los grandes, nos han contado historias de terror, como que un tren cayó al lago, porque la línea férrea pasaba muy cerca de allí y todos los ocupantes murieron, pero que aún todas las noches se escuchan los lamentos y quejidos de los muertos en las orillas del misterioso lago. Pero ahora, ocurre algo diferente y el viaje, para suerte nuestra, cambia. Antes de llegar a Yambo y al

peaje para ingresar a la ciudad de los “tres Juanes”, ¡oh sorpresa!, un policía se acerca a la ventana de papá y le dice:

No hay cómo pasar por aquí. Hubo un derrumbe en el carretero. Tiene que irse por Píllaro.

- ¿Por Píllaro? Pero es que voy a Ambato.
- A dónde sea que vaya tiene que desviarse.
- Ni modo entonces. Bueno, jefe, gracias.

Y entonces entramos por un camino extraño, nuevo y diferente. Nunca habíamos ido a Ambato por otro sitio. Mi hermana y yo estamos felices con este cambio.

- El camino es culebrero –se queja mamá.
- Curvas y curvas. Estamos bajando –dice papá.
- Y los abismos, ¡Jesús!, ¡qué horror! –protesta la abue.
- Pero es lindo el paisaje, mamita –le dice mamá a la abue.
- Sí, pero por aquí el camino es más largo. Llama por el celular a tu hermana y dile que vamos a llegar más tarde.

El camino es hermoso y estrecho. Parece que estamos caminando sobre una montaña rusa de tierra y sin el carrito. Vamos, poco a poco, bajando hacia lo desconocido, aunque el tráfico es insoportable.

En eso papá dice algo que nos llama la atención y nos asusta:

- ¡Miren! Un diablo.
- ¿Qué? ¿Dónde? –gritamos a coro mi hermana y yo.
- Allá abajo
- ¡Uy!, Ya nos fregamos, me había olvidado, estamos en época de la diablada –dice mi abuela, mientras mi hermana y yo tragamos seco.
- Con razón tanto tráfico –dice mamá
- Abue, ¿qué es la diablada? –pregunta mi ñaña temerosa.
- El día en que los diablos salen a luchar con los ángeles.
- ¿Qué...?
- Es una fiesta tradicional de esta tierra –dice papá.
- Pero los diablos son malos ¿o no? –pregunto.
- No. Es una representación de la lucha entre el bien y el mal. Es una locura de fiesta. Imagínate que sale todo el pueblo de Píllaro a bailar. Es decir, que de aquí no salimos jajajaja –se ríe mamá.



–Grita la abue—.Vean guaguas los diablos vienen desde ese pueblito de arriba de la montaña

- ¡Uy, qué miedo!, ya vienen los diablos -se estremece mi ñaña.

- Pero son diablos buenos hijita —la tranquiliza mi abue.

- Míralos con esas caretas y esos trajes tan rojotes y coloridos, jajaja, son solo diablos disfrazados —me río para calmar a mi hermana.

Efectivamente el camino se llena de “diablos” con caretas multicolores, a los cuales se les van uniendo los ángeles y luego todo tipo de personas. Los autos prácticamente ya no pueden moverse.

- ¡Qué calor! -dice mamá

- Salgamos a caminar más bien, es más fácil que estar en este horno -opino.

- No, que miedo, los diablos nos comen —dice mi ñaña temblando.

- ¡Que va! Más bien vamos a conversar con ellos — decide la abue.

Salimos y nos acercamos al mismísimo diablo, a ese que tiene más cachos que los demás:

- ¿De dónde vienen ustedes? -le pregunta la abue al diablo, mientras él mueve su traje rojo ya algo opaco por el polvo.

- Nosotros bajamos desde Tunguipamba, una parroquia de Píllaro. Pero ya vienen de Marcos Espinel, Cochaló, Chacata, El Carmen, San Vicente de Quilimbulo, Robalinopamba, La Quinta, Nuevo Rumihuaico, La Elevación y la Escuela de Danza del Municipio de Píllaro. Esta es la fiesta más grande de esta zona. Esta fiesta ya tiene más de 150 años.

- ¿Y bailan todo el tiempo? —Pregunta mi ñaña, todavía con un poco de miedo.

- ¡Claro!, no se deja de bailar. Así es nuestra fiesta de reyes. Tenemos un poco de calor con las caretas multicolores que nos ponemos y así pasamos los seis días que dura la fiesta del primero al seis de enero.

Entonces se acerca un señor que dice ser el director de la escuela.

- ¿Les gusta nuestra fiesta? —pregunta con amabilidad.

Sí, pero, no es una fiesta indígena totalmente, ¿no? —pregunta mamá.

- No, que va. Esta ya es una fiesta mestiza. Los españoles nos trajeron algunos de estos personajes. Pero nuestra diablada es ya toda una tradición. Es una de las más importantes fiestas del país. Mire esas caretas más hermosas, son elaboradas con cuernos de animales, están pintadas a mano, son obras de arte.

- ¿Me presta su careta? —Le digo al mismísimo diablo. Él accede, yo me la pongo y bailo siguiendo el ritmo de la música que toca una banda mientras mi ñaña me toma una foto con el celular de mamá.

- Mejor quedémonos en la farra —sugiere la abue.—Qué bonita está.

- Abuelita, te gustan los diablos ¡iiiiisha! -Me río.

- No molestes guambra loco, -luego, mirándole a mamá, dice: -más bien dile a tu hermana que, si puede, se venga para acá, porque no podemos salir de esta ciudad, ni de la fiesta.

Los autos se quedaron estacionados en todo el camino cuesta abajo. Seguimos caminando hasta el parque principal de Píllaro y mi abue se pone un poncho rojo que traía en la maleta para bailar como una “diabla”. Todos disfrutamos de la fiesta. Después comemos “fritaditas” y luego, ya, tarde en la noche, nos vamos por el carretero de siempre hasta Ambato.

Pasamos por Yambo y a mí y a mi hermana nos parece a lo lejos escuchar el sonido de un tren. Ya en Ambato salen a recibirnos los primos y las primas.

-Qué fue pues, porque llegan a esta hora, ya estábamos medio dormidos -me dice mi primo con los ojos medio cerrados.

-Sí, ya no pudimos jugar nada -dice la prima bostezando.